

PREGÓN DE NAVIDAD , por José Cerón Munuera

Buenas noches, señora alcaldesa-presidenta del Excelentísimo Ayuntamiento de Alhama de Murcia, señoras y señores miembros de la Corporación municipal, presidenta y miembros de la Coral “Audite Omnes”, señoras y señores que nos honran con su presencia en este acto, un cordial saludo para todos.

Mi nombre, como muy bien ha dicho la presidenta, es José Cerón Munuera, Pepe el de INOCE, nacido en Alhama de Murcia hace ya casi 86 años, casado con Lola La Perniles.

Tenemos tres hijos y un nieto, de los que me siento muy orgulloso. Pasé la mitad de mi vida entre sacos de harina, en el horno de mi familia, porque fui panadero, y la otra mitad en el calzado, en la fábrica de “Los Lenmes”.

Colaboré con la AECC durante muchos años, de lo que guardo recuerdos imborrables.

Participo desde hace muchos años aquí, en la parroquia de San Lázaro, a la vez que durante muchos años colaboré en la parroquia de la Concepción.

También durante muchos años ayudamos en la Hospitalidad de Lourdes en sus peregrinaciones con los enfermos.

Desde muy joven me encantaba el ejercicio físico, e hice mis primeros pinitos entrenando culturismo.

Pero mi afición por excelencia, hasta el día de hoy, sigue y seguirá siendo el maquetismo naval.

Estoy con todos ustedes por encargo de la Coral Audite Omnes, para pregonar la Navidad de este año, a quien doy las gracias por esta deferencia.

La verdad es que quedé muy sorprendido de que, a estas alturas de mi vida, me eligieran para la realización de este menester. Considero un honor que hayan depositado su confianza en el que les habla, para que hoy les exprese lo que brevemente significa para mí la Navidad.

Espero contar con la ayuda de Dios, sabiendo que esta casa, la Santa Madre Iglesia, es lugar de gracia y oración, donde no hay que dar la talla ni cumplir expectativas, donde me he sentido y debemos sentirnos todos amados y queridos gratuitamente.

Preparando estas palabras me venían a la memoria los tiempos de mi juventud, de mi adolescencia, y lo primero fueron las misas de gozo, que se celebraban catorce o quince días antes de la Nochebuena.

Entonces los jóvenes, sin gustarnos venir a misa, con tal de cantar villancicos nos juntábamos, cada uno con sus instrumentos.

Cuando terminaba la misa, antes de decir el cura como despedida final “Ite missa est”, entonces rompíamos a cantar y el pelagrillas, el sacristán, salía corriendo detrás de nosotros para echarnos de la iglesia.

Luego, por la tarde-noche, salíamos a cantar villancicos de casa en casa; en unas casas nos invitaban a dulces, en otras nos daban unos céntimos, que al final del Adviento nos repartíamos.

La palabra Adviento significa venida, nacimiento del Niño Dios. Ya lo dijo Isaías en el siglo VII antes de Cristo: “Yo os anuncio una gran alegría”. También el profeta Miqueas lo anunció en el siglo VI antes de Cristo.

Y el Adviento es una preparación de cuatro semanas que la Iglesia nos regala para la Navidad, nacimiento del Niño Dios, para que pueda nacer en cada uno de nosotros, en nuestros corazones.

Antes de adornar tu casa, prepara el pesebre interior: limpia el alma con el perdón y la oración. Que el Niño encuentre un corazón dispuesto a recibirlo.

No corras hacia la Nochebuena. Espera con fe, medita y deja que cada día sea una vela encendida en tu interior.

“La paciencia de Dios es nuestra salvación”.

“Porque el juicio de Dios será sin misericordia para quien no practicó la misericordia”.

La Misa de Navidad no es un rito más: es el encuentro con el Dios que se hace carne. Participa en ella con gratitud y alegría. Tenemos que ser agradecidos en el contexto de la Eucaristía. Viene del griego “eujaristos”, gracias. Todos hemos recibido de Dios unos dones gratuitos.

Jesús nació pobre para que nadie se sintiera excluido. Que tu mesa y tu generosidad se abran a los que menos tienen.

Porque este Adviento, hermanos, debe de estar presente no solo en estas señaladas fechas, sino durante todo el año, como muestra de nuestra necesidad de vivir del amor de Dios, de vivir de la gracia de Dios.

En el Evangelio de San Lucas nos aparece la figura de Zaqueo, ese cobrador de impuestos, injusto, criticado y perseguido con razón, que ante la mirada de Jesús, cuando lo ve pasar, sin este decirle en primera instancia absolutamente nada, sintió un deseo de conversión que cambió su vida, que le hizo manifestar: “Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres, y si en algo he defraudado a alguno, le devolveré cuatro veces más”.

Y Jesús le dijo: “Zaqueo, conviene que hoy entre en tu casa”.

Y Jesús nos dice hoy a ti y a mí, en este momento, en este instante, en este Adviento, en esta Navidad: conviene, es oportuno, es necesario que entre en nuestras casas, que nazca en nuestro corazón, para poder vivir con alegría y esperanza, sabiendo que todo acontece para bien del que Dios ama.

San Benito nos hablaba de “la cloaca de la memoria”. Acordarnos de que hemos sido rescatados. Agradecer a quien paga continuamente nuestro rescate gratuitamente: a Dios.

En un tiempo de prisas y consumo, sé testimonio de sencillez, de fe y de esperanza. Ilumina con tus obras el camino de otros.

“El tiempo es un préstamo de Dios”.

Ellos acogieron el misterio con humildad. Mira su ejemplo y confía, incluso cuando no entiendas el plan de Dios.

El Niño no viene solo una noche. Si Cristo habita en ti, cada día puede ser Navidad. Como decía el Papa Francisco: “La fidelidad es la debilidad bien acompañada”. Qué fácil es venerar el éxito, pero qué importante es mantenerse fiel en los fallos y errores.

Como decía San Benito: “Líbranos, Señor, de la necesidad de parecer más de lo que somos”, de la ambición que nos arrastra a un sinsentido y a estar muertos en vida.

Que este decálogo no sea solo palabra, sino camino. Que en cada gesto, en cada sonrisa y en cada hogar nazca de nuevo el amor que una vez nació en Belén.

Que esta Navidad no sea solo una fecha, un número, sino un encuentro. Que cada corazón sea un Belén donde Dios pueda nacer.

Como dijo el Papa Benedicto XVI:

“Quien acoge a Jesús no pierde nada, absolutamente nada, de lo que hace la vida libre, bella y grande”.

Que esta certeza ilumine nuestros corazones. Sigamos la estrella que conduce al amor hecho Niño, al Dios que se hizo uno con nosotros.

Y ahora, cuando las campanas anuncien la llegada del Niño Dios, abramos el alma a la ternura del cielo. Que la fe nos devuelva la mirada limpia de los pastores y la esperanza sencilla de María y José.

Decía San Juan Pablo II:

“No tengáis miedo. Abrid de par en par las puertas a Cristo”.

Abrirle el corazón, que Él es la verdadera alegría que no se apaga.

Que esta Navidad no pase de largo, sino que nazca en nosotros el amor eterno, el que transforma la noche en luz y el llanto en canto de paz.

Y cuando el cielo se llene de luces, recordemos que la verdadera luz brilla dentro: Cristo, nuestro Salvador, que viene a traer paz al mundo y al alma.

Muchas gracias y... ¡Feliz Navidad!